

Gene Kerrigan
Delincuentes de medio pelo

Traducción de Damià Alou



sajalín editores

Este libro está dedicado a mi hija, Cathleen Kerrigan.

Capítulo 1

El tiroteo se inició en el pueblo de Harte's Cross pocos minutos después de las diez de una gélida mañana de verano. Al principio, solo unos pocos se enteraron de que algo pasaba y todos estaban en el pub de Sweeney.

La propietaria del pub imploraba clemencia. Era una pueblerina de las de antes, de unos cincuenta años. Llevaba unas gruesas gafas y era regordeta desde siempre, y el peinado y la ropa eran más propios de la generación de su madre. Prácticamente no veía a Frankie Crowe delante de ella, pues tenía los ojos clavados en el pistolón negro que aquel esgrimía.

—Por favor, señor —dijo la propietaria. Frankie Crowe tenía veintiocho años.

Frankie Crowe llevaba una gorra de béisbol calada hasta las cejas con la cara de Homer Simpson y unas grandes gafas de montura gruesa que ocultaban la forma de su cara. Bajo su abultado anorak beige, podía estar gordo, flaco o cualquier complexión intermedia. El pistolón automático que tenía en la mano no apuntaba a nadie en particular, pero era el centro de atención.

Solo había un camarero, tal como había dicho Leo. Y no suponía ningún problema. Tenía las palmas de las manos pegadas a la barra y procuraba no mirar a Frankie Crowe a los ojos.

De los tres clientes del local, dos estaban sentados a una mesa en la otra punta de la barra, dos viejos con cara de color de gachas rancias. Uno de los dos abuelos, un hombrecillo de cara chupada tocado con un sombrero de fieltro manchado y deforme, mantenía los brazos rígidos por encima de la cabeza, aunque Crowe no le había dicho que los levantara. Pero el viejo sabía, por las películas de Bogart que había visto hacía más de medio siglo, que eso es lo que hay que hacer cuando alguien saca un arma.

El otro anciano era más grandote y fornido, y el ser un poco cargado de espaldas disimulaba su estatura. Una de sus manos rodeaba una taza de té mientras observaba al pistolero sin la menor emoción.

El tercer cliente era una joven que tenía el pelo negro, muy corto. Un aro le atravesaba la ceja izquierda, y en el pecho llevaba una mochila con un bebé. Estaba sentada a una mesa junto a la ventana, y delante tenía un café y el biberón medio vacío del bebé. Al ver a Frankie Crowe entrar con una pistola se había puesto en pie y había dado un par de pasos hacia la puerta, pero Frankie había negado con la cabeza y con el arma le había hecho seña de que regresara a la mesa. La mujer había vuelto a sentarse sujetando con una mano la mochila con el bebé.

Ni siquiera había visto a Martin Paxton, de pie junto a la puerta, con una gorra de béisbol oscura también calada hasta las cejas y una pistola pegada a la pierna, el brazo inerte, hasta que Frankie no había dicho «No les quites ojo» y se había llevado a la propietaria del pub a la oficina que había detrás de la barra.

Nada complicado, había dicho Frankie. Entrar y salir y de vuelta a Dublín con un saco de pasta, quizá quince de los grandes, antes de que nadie se entere de que hemos estado ahí. No uno de esos golpes que te solucionan la vida, pero lo bastante para ir tirando.

Era un lunes por la mañana.

—Los sábados por la noche sacan un montón de pasta, y también el domingo —había dicho Leo, que era quien les había dado el soplo—. La guinda del pastel es que el sábado por la noche hay concierto. El viejo Sweeney, antes de morir, compró el garito de al lado, juntó los dos locales e instaló un escenario. Organizan un bolo cada mes, más o menos, y a veces hay quinientos clientes.

—¿En el banco hay cajero automático?

—No —dijo Leo Titley—. Eso es lo bueno. Ingresan el dinero al día siguiente. La señora Sweeney lo hace en persona, a las doce en punto de la mañana. Un policía la acompaña hasta el banco. Un tipo que conozco que trabajó ahí hace unos años me dijo que hay una caja fuerte en la trastienda. Los ingresos de dos noches y el dinero del bolo a la espera de que los lleven al banco el lunes por la mañana.

Y lo mejor del bolo, dijo Leo, era que no tocaba nadie conocido. Si fuera alguien famoso, habría venta anticipada. Pero en esos conciertos las entradas se compraban en la puerta. Tocaban un par de colgados de algún grupo juvenil que nunca llegó a nada. Se disolvió y tres de los miembros volvieron a su actividad habitual de rascarse el culo y los otros dos sacaban cuatro perras paseando sus versiones desafinadas por el circuito de pubs de la provincia.

—Todos pagan en la puerta. A los pubs les va cojonudo, pues el fisco no ve un céntimo.

Y el lunes por la mañana, antes de que puedan ingresar el dinero, Frankie Crowe y Martin Paxton están en el aparcamiento del pub, en el interior de un Nissan Primera robado.

—El pub abre a las diez y media —había dicho Leo—. Entráis, enseñáis la pistola y os abren la caja.

Ese era el plan.

A aquella vieja zorra le temblaban las piernas cuando salió de la trastienda, de manera que Frankie le dio un empujón para meterle prisa. La mujer se movía todo lo deprisa que podía y se colocó tras el mostrador, como si este pudiera protegerla de Frankie.

—Dice que tiene un cierre de relojería —dijo Frankie.

Martin gruñó cabreado y golpeó la puerta con la culata de la pistola.

—Dice que no la puede abrir hasta dentro de hora y media. Nos la quiere pegar. —Apuntó con la pistola al camarero, que no había apartado las manos de la barra—. ¿Sabes la combinación?

El barman tragó saliva. Llevaba un chaleco corto y rojo que enseñaba una camisa blanca que le formaba una bolsa por encima del pantalón. Hablaba con un hilo de voz, como si el miedo no le dejara salir las palabras.

—Dice la verdad. El año pasado se compró esa nueva caja fuerte porque una noche dos jóvenes entraron a robar y casi arrancan la parte de atrás de la vieja. —Miró a Frankie como si juzgara si se estaba tragando su historia—. No se puede abrir hasta las doce. Cuando viene el policía que la acompaña hasta el banco.

—Y una mierda.

Frankie miró a Martin y dijo:

—Esta vieja zorra está mintiendo, y el marica también.

—¡Por favor, señor! ¡Por amor de Dios, señor! ¡Esto es todo lo que hay!

La mujer había abierto la caja registradora y le enseñaba un puñado de billetes.

Le alargó el dinero a Frankie, y cuando este lo tuvo a su alcance se lo tiró de un manotazo y la agarró por la pechera de la blusa. La mujer cerró los ojos cuando él le gritó a la cara:

—¡Abre la puta caja!

La joven del bebé emitió unos sonidos para tranquilizarlo y lo acunó. El bebé tenía la cabeza inclinada a un lado y miraba con franco interés a aquel hombre furioso y su colorida gorra.

Cerca de la puerta, Martin Paxton dijo:

—Mierda. —Volvió a apoyarse contra la puerta, abriéndola ligeramente—. Vamos —dijo. Esperó, y como Frankie no le hizo caso, acabó de abrir la puerta y salió.

Crowe gritó «¡Zorra!» y soltó la blusa de la mujer, que estaba a punto de desmayarse. El sudor le corría por la frente y por el labio superior, que le temblaba.

El viejo alto que no había levantado las manos tenía una voz sonora.

—Tú, déjala en paz. Que la dejes en paz.

Crowe se volvió y se encontró con un viejo estúpido, un paleto de manos grandes y nudosas, pelo revuelto y cara socavada por el tiempo.

El viejo se puso en pie.

—Entrar aquí con una pistola. ¿Por qué no trabajas para ganar-te la vida, igual que los demás?

Crowe se lo quedó mirando como si el viejo perteneciera a una raza especial con la que nunca se había topado. Caminó lentamente hacia la mesa hasta quedar a dos pasos del hombre.

—¿Quién cojones eres, abuelo? ¿Sir Galahad?

Con la pistola apuntó a la entrepierna del hombre. El paleta intentó desesperadamente no arredrarse. Crowe sonrió.

—Tienes pelotas, abuelo. ¿Quieres conservarlas?

El viejo se lo quedó mirando. A su lado, aún sentado, con las manos levantadas y temblorosas, su amigo mantenía la mirada fija en la mesa que tenía delante. Frankie chasqueó la lengua con desdén y se volvió hacia la propietaria del pub.

—Ha llegado el momento de decidirse. —Le apuntó con la pistola a la cabeza y dijo con indiferencia—: Uno, dos...

El tiroteo tuvo lugar al final de un periodo —más de un año— en el que había muchas cosas que no acababan de funcionar. Teóricamente, en aquella época Frankie Crowe y Martin Paxton estaban de camino a alguna parte, pero en la práctica se encontraban en aquel pequeño pueblo del condado de Meath, obligados a sacar pasta de donde podían para pagar el alquiler.

Los chavales del pueblo estaban en la escuela, los granjeros y sus peones habían salido al campo a dedicarse a sus labores de granjero. Aquella mañana, por la calle, prácticamente solo se veían mujeres que iban de compras, y casi todas eran mayores. Había una furgoneta de bebidas que repartía al único hotel de Hart's Cross. Un par de abuelos entrecerraban los ojos para ver los resultados de las carreras del día anterior en la ventanilla de un corredor de apuestas. Un hombre que caminaba cojeando empujaba una bombona de gas Calor colocada dentro de un cochecito de niño. Una anciana de pelo blanco enfundada en un chándal morado paseaba dos perros.

También había un policía.

El agente estaba de pie junto a un coche, a unos veinte metros del pub de Sweeney, charlando con una joven.

El poli no estaba allí cuando habían llegado. Martin Paxton se metió dentro del Primera, aún en el aparcamiento del pub, y se puso a vigilarlo.

El policía tenía cara de Boy Scout. El uniforme le iba un poco grande. Contemplaba el trasero de la mujer mientras esta se inclinaba hacia el coche para colocar sobre el asiento de atrás la ropa que acababa de recoger en la tintorería. Paxton sonrió. Ah, pillín. Paxton se dijo que la mujer era demasiado guapa y demasiado segura de sí

misma para un poli palurdo recién salido de Templemore. Ahora estaba medio sentada en el asiento del conductor, sonriendo, asintiéndole, tocándose despreocupadamente las puntas de sus cabellos rubios mientras el agente se inclinaba hacia el coche y no paraba de hablar con ella.

Al otro lado de la calle, en el escaparate de una tienda de ropa, un dependiente engalanaba un maniquí con un vestido de verano estampado. La tienda, al igual que el MegaMarket y la gasolinera que quedaba a mitad de calle, pertenecía a la familia de la propietaria del pub.

Un tractor salpicado de barro pasaba lentamente, arrastrando un remolque del que no paraba de gotear algo oscuro, verde y apestoso.

Dos mujeres mayores, de las que solo se veía el pañuelo que llevaban en la cabeza, su expresión de marisabidillas y sus labios en movimiento, permanecían delante de la papelería de Tubridy y propagaban más cotilleos que todas las revistas del corazón de los expositores.

Cuando se oyó el primer disparo, pocos de los que lo escucharon prestaron atención. Fue un chasquido sordo que podría haber sido varias cosas. Martin Paxton dirigió los ojos al retrovisor y vio que el agente se separaba de la mujer y miraba a su alrededor, indeciso.

Ni siquiera un policía inexperto podía confundir el segundo disparo con otra cosa.

En algún lugar a lo lejos se oyó chillar a alguien.

El policía se dirigió hacia la mitad de la calle, mirando a un lado y a otro, decidiendo qué hacer, sabiendo que era el centro de atención de los ciudadanos que estaban por allí. La mujer que había estado hablando con él se acomodó en su asiento y cerró la portezuela del coche.

Martin Paxton puso en marcha el motor del Primera y esperó.

Dentro del pub de Sweeney, la propietaria se tapaba la boca con una mano y con la otra se sujetaba el pelo. Tenía los ojos cerrados, los labios apretados, la respiración acelerada. Había un agujero de bala en el espejo Guinness de detrás de la barra. La segunda bala había hecho añicos la pantallita de la caja registradora.

El barman estaba inclinado hacia delante con las manos sobre la barra, la cabeza a un lado, como decidido a no ver nada más. El aire olía a quemadura.

La mujer con el bebé en brazos enseñaba ahora la espalda y estaba encogida; interponía la delgadez de su cuerpo entre el arma y el niño. El hombre con la cara chupada y las manos levantadas se había meado encima, y en sus pantalones blancos había aparecido una gran mancha oscura. El paleta temerario había levantado las manos.

Frankie Crowe disparó tres veces más: una al televisor de pantalla ancha que colgaba de la pared de la otra punta del pub, dos más a una segunda pantalla situada en una especie de reservado. Otras dos balas más impactaron en una máquina tragaperras. La octava hizo añicos una botella de vodka situada a poco más de un palmo de la cabeza de la propietaria.

Crowe emitió un sonido de disgusto. La mujer ya no se enteraba de nada; tenía tanto miedo que las amenazas ya no la afectaban. Además, ¿de qué cojones servía todo eso? Tenía que estar diciendo la verdad.

Crowe recogió los billetes que la vieja zorra había dejado caer sobre la barra. Cuando llegó a la puerta del pub, metió el dinero y la pistola en los bolsillos del anorak, se aseguró de que Homer Simpson estuviera bien calado, abrió la puerta y salió.

Tras el segundo disparo, las dos chismosas entraron en la papelería sin dejar de mirar a su espalda, dando ya forma a las anécdotas que extraerían de ese drama.

El policía había decidido que sabía de dónde procedían los disparos. Empezó a correr hacia el pub de Sweeney. Ya estaba en el aparcamiento cuando escuchó la segunda ráfaga. Se detuvo a unos tres metros del Primera robado. Martin Paxton se caló aún más la gorra de béisbol para que le ensombreciera la cara, abrió la portezuela y salió del coche. Para disimular la pistola, llevaba el brazo pegado al cuerpo.

El agente desvió los ojos del pub y miró a Martin Paxton. Este simplemente negó con la cabeza.

Se abrió la puerta del pub y Frankie Crowe salió.

Se detuvo nada más cerrarse la puerta y utilizó el dedo índice de una mano para frotarse la nariz; la mano le tapó parcialmente la cara.

El policía nadaba en un mar de incertidumbre. Cualquier decisión que tomara era inaceptable. Actuar... menuda estupidez. No actuar... Jesús...

¿Que sus colegas lo llamaran maldito idiota por haber intentado algo, o gallina por haber obrado con sensatez? Sabía que en ese momento las heroicidades eran peligrosas y absurdas. También sabía que si ahora se echaba atrás, por mucho que viviera no habría día en que una parte de sí mismo no se muriera de vergüenza al recordarlo.

Frankie Crowe caminaba como si hubiera salido a dar un paseo y ver el pueblo. Se detuvo a un metro del agente.

El agente Joe Hanlon sabía que lo más importante era mantener la cabeza fría. No hacer nada que le diera a ese matón un motivo para usar el arma. No perder detalle: la cara, la complexión,

las peculiaridades, fijarse en el que estaba de pie junto al coche. Recordar el número de matrícula cuando se alejaran. Fijarse en todo, sobrevivir, ver cómo huían, y luego ir a por ellos. «Sucursales por todas partes —solía bromear—, la organización para la que trabajo tiene sucursales por todas partes.»

El agente Joe Hanlon mantuvo la cabeza alta.

Al otro lado de la calle, en el escaparate de la tienda de ropa, el dependiente estaba tan inmóvil y pálido como el maniquí que vestía.

El matón sonrió.

—Buenos días, agente. Un día agradable, gracias a Dios.

El matón levantó la pistola, movió un dedo y el cargador salió de la culata y fue a parar a su otra mano. Le aguantó la mirada al policía mientras se metía el cargador vacío en el bolsillo y sacaba uno nuevo. El agente Hanlon oyó cómo ocupaba el lugar del otro con un chasquido.

—¿Es usted de por aquí? —preguntó el matón. Tenía acento de Dublín. Había bajado la pistola y la mantenía contra el muslo, como para tranquilizar al agente.

—Ya sabes que no puedo hacer nada. —Al agente Hanlon le sorprendió que su voz no temblara del miedo que sentía—. Haz lo que tengas que hacer y lárgate de una puta vez.

No vio cómo el matón apretaba el gatillo.

Por un momento, en su cabeza no hubo nada más que el sonido del arma al detonar. Fue como si la puerta más grande del universo se hubiera cerrado de un golpe a dos dedos de su oído. Entonces le inundó el pánico.

No, por favor, espera...

El agente comprendió que no le habían disparado. El matón todavía mantenía la pistola baja, junto al muslo. Había disparado al asfalto del aparcamiento. El agente ya se estaba dando la vuelta,

y a los pocos segundos se encontraba a más de quince metros de distancia. En su cabeza aún retumbaba la detonación del arma. Cuando se detuvo y se volvió, el pistolero aún estaba allí, y ahora le apuntaba con el arma.

El agente Hanlon se llevó la mano a la cabeza y se dio cuenta de que la llevaba descubierta. No se había dado cuenta de que se le había caído la gorra, pero ahí estaba, en la acera, justo delante del aparcamiento de Sweeney.

—¡Frankie, joder!

Martin Paxton, tras el volante del Primera, se inclinó hacia delante. Ahora Frankie avanzaba hacia el agente con una amplia sonrisa en la cara. El policía retrocedió, se dio la vuelta y corrió un poco más. A continuación miró a su alrededor y se detuvo.

Martin observó cómo Frankie recogía la gorra del policía y regresaba lentamente hacia el coche. Arrojó la gorra al asiento trasero, subió al coche y se quitó las gafas de montura gruesa. Fue como si el tiroteo le hubiera diluido la ira. Sonrió.

—Cuando quieras.

Paxton pisó el acelerador y cruzó el aparcamiento hacia la salida. Vio cómo el policía se daba la vuelta y corría veloz calle abajo.

Frankie Crowe miraba en dirección al pub. El viejo paleta que lo había desafiado estaba junto a la puerta. Crowe levantó la gorra de béisbol y lo saludó.

